

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción y venta.

Toledo. D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los sábados.

Redacción y Administración:

Núñez de Arce, 7, 2.º, dcha.

Suscripción.

Un año.....	3,00 pesetas.
Número suelto.....	0,10 "
Idem atrasado.....	0,15 "

Pago adelantado.

¿A LOS CATÓLICOS DE TOLEDO

I

La lucha está empeñada dentro de nuestras murallas; de un lado los cristianos, los católicos; de otro los socialistas, los ateos. No hay término medio. No se puede estar indiferente en la lucha; ó con Dios, ó contra Dios; ó con el teísmo cristiano, ó con el ateísmo socialista y anarquista.

Los que creáis en un Dios remunerador, en una vida futura donde se premia á los que obran bien y se castiga á los que hacen el mal, no podéis ser cómplices y encubridores de quienes no admiten más Dios que á sí mismos, ni más vida que la de los perros, con cuya muerte se acaba la rabia.

Católicos toledanos! Sabéis que en ésta, nuestra querida ciudad, hay organismos perfectamente dispuestos para el combate contra vuestra fe, contra vuestra conciencia, contra vuestro Dios. ¿Les ayudaréis? ¿Les apoyaréis? ¿Seréis tan falcos de sentido práctico que continuéis protegiendo y ayudando de todos modos á enemigos de lo que más queréis, de lo que constituye vuestro más preciado patrimonio, que es la fe?

Hay un «Centro de Sociedades obreras» que profesa el ateísmo, que defiende el socialismo, el reparto de los bienes. Ese Centro vive entre nosotros; hace su maldicha propaganda entre nosotros; pretende corromper con sus doctrinas y su moral materialista nuestros hijos, y ha seducido ya á muchos obreros, apartándolos de la profesión de cristianos y aun de hombres racionales. ¡Y vosotros le ayudáis! ¡Y vosotros le sostenéis! ¡Y vosotros contribuís con vuestro dinero á que prospere y viva!

¿Dónde está el juicio? ¿Dónde la razón? ¿Dónde el discernimiento? ¿Dónde el instinto de conservación? ¿Es posible que tengáis en vuestro seno el aspid que con su veneno ha de quitaros la vida? ¿Dudáis de la verdad de lo que he dicho respecto á ese Centro? Leed los párrafos que copio á continuación, y si después no se cubre de carmín vuestro rostro, no me digáis que sois católicos.

«¿A qué hablaros de esto, si todos sabéis que las doctrinas que predicó Cristo, ó por mejor decir, las ideas que se le atribuyen á este hombre, suponiendo que haya existido, y no sea una de tantas leyendas, han causado gran retraso al progreso de la humanidad? ¿Para qué atormentaros inútilmente describiéndolos todos sus horrores, todos sus crímenes?»

Ahí tenéis, católicos toledanos, erigida en dogma la más estúpida de las blasfemias contra Cristo Dios, de cuya existencia se atreve á dudar ese Centro corruptor. ¡Si será instruido el que escribió esa enormidad, y si será sabio el que la admitió!

Ahora leed este otro párrafo: «Nada más coercitivo, más inhumano y contrario á las leyes naturales, que el matrimonio santificado por el Cura y legalizado por el Juez. El matrimonio, tal cual se practica en nuestra civilizada sociedad, es un atentado á la libertad individual y á la naturaleza, debiendo ser combatido, no sólo por lo que tiene de tiránico, sino por los daños morales y trastornos materiales que ocasiona á la especie humana.»

¿Queréis más? Pues á millares podría presentaros los textos con que ese Centro envenena las almas de los infelices obreros que á él acuden, espaciando además por las calles y plazas de Toledo las mismas maldicias de su ateísmo, de su inmoralidad. ¿Y hay católicos toledanos que le amparen y protejan? ¡Vaya si los hay! No viviría sin ese amparo y protección.

II

Quanto va dicho á los católicos en general es aplicable á los obreros católicos, es decir, á casi todos los obreros de Toledo, que continúan siendo católicos en su inmensa mayoría, aunque algunos hayan perdido ya la fe por efecto del contacto continuo con los ateos del Centro; como aquel desgraciado que tuvo atrevimiento para decir en un mitin que estaba esperando la ocasión oportuna de convertir la imagen del Santísimo Cristo de las Aguas en otras para sepultos.

Podrían tener algunas disculpas hasta hoy los obreros católicos en concurrir al «Centro de Sociedades obreras», aunque delante de Dios no hay pretexto que valga cuando peligra gravemente la fe, porque de tal modo se les había arreglado aquel Centro que dejaba sin trabajo á los que no quisieran asociarse y someterse á la dura esclavitud de su capricho. Pero ahora, gracias á Dios, ya no es así.

Ahora se ha constituido un Centro católico, donde sin peligro de su fe cristiana, sin daño de su alma, y con muchas ventajas para su cuerpo, puedan trabajar, cumpliendo la ley impuesta á nuestra naturaleza caída, y ganar el sustento necesario para sí y para los suyos; es el «Sindicato de S. José», que ha de librar á los obreros católicos del yugo satánico impuesto sobre sus cabezas por el socialismo ateo, y rebelde á toda autoridad y á todo orden.

Bien sabéis, obreros católicos de Toledo, las amarguras que habéis sufrido por parte de aquel usando Centro; bien sabéis que perseguía á sangre y fuego al «Sindicato» y á cuantos pertenecían á él, insultádoles groseramente y desacreditádoles por todos los medios, aun los más bajos; bien sabéis que no ha mucho ha escrito diciendo de ellos que «tienen la nota de malos trabajadores, borrachos, pendencieros, viviendo en concubinato, y sobre todo, egoístas, ambiciosos, que no reparan en medios para conseguir sacar sus bajas pasiones.»

Esto y otras cosas más ha escrito el Centro contra los obreros del «Sindicato», aumentando la dosis de los denuestos en las conversaciones particulares, y utilizando todos los medios de descrédito contra cuantos no quieren sujetarse á su tiranía. No os extrañe ese proceder, es el de todo el que no lleva razón; es el mismo proceder que usan cuantos quieren subyugar á su prójimo; es el medio á que apela la desesperación cuando va la imperdible.

Pero no temáis, que no prevalecerá el Centro, ha sonado para él la hora de la justicia, y como según un adagio vulgar, la soberbia no sube al cielo, y en la tierra se paga, el Centro pagará las injusticias cometidas por él contra vosotros y contra los católicos toledanos.

No hagáis, sin embargo, lo mismo con vuestros compañeros que aún no han tenido valor para salir de aquel centro de corrupción; no les insultéis, no les desacreditéis, que pronto, Dios mediante, se hallarán entre vosotros bajo el patrocinio del Obrero de Nazaret. Pensad que toda obra buena ha de sufrir contradicciones, y todo cristiano persecuciones, á ejemplo de su Divino Maestro; y sin eso no se ha hecho obra de importancia en el mundo. Pero no desmayéis y seguid impertérritos en lo comenzado, porque el triunfo será vuestro, y muy pronto y muy completo.

III

Dos palabras solamente á los propietarios católicos de Toledo; pues con los no católicos, si los hay, nada queremos, sino que se conviertan y vivan.

Os quejábais, y con grandísima razón, en los años pasados, de la tiranía que os trataba el «Centro de Sociedades obreras», y sabiais que no eran precisamente los obreros los más culpables. Sin otros, los directores de ese Centro que todos conocemos. Ellos imponían la ley como querían, cuando querían y á quien querían, queriendo siempre contra justicia ó en el fondo, ó en la forma, ó en ambas cosas á la vez. Ellos suspendían las obras porque sí, porque Don Fulano era un burgués, á quien había que sentarle las costuras.

Con sus principios de odio de clases, y prevalidos de que tenían la fuerza, iban abriendo un abismo cada vez mayor entre propietarios y trabajadores, abusando de los primeros y de los segundos. Abusaban de vosotros imponiéndos condiciones durísimas, y exigiendo multas pecuniarias de consideración, como exigen los morgrabinos el rescate por los cautivos que cogen de cualquiera de las naciones de Europa; es decir, que habían convertido á Toledo en una especie de territorio Chauluis.

Abusaban de los trabajadores, privándoles de la libertad del trabajo; pues aun cuando quisieran, no podían trabajar en las casas señaladas con el lápiz rojo del directorio, y si lo hacían

por su cuenta y riesgo, se los despedía irremisiblemente de todas las obras de la Sociedad, lo cual equivalía á dejarles sin trabajo, y así, forzados por la necesidad, á pesar de sus buenas intenciones, eran cooperadores al mal contra los propietarios.

¿Lo habéis olvidado ya, propietarios de Toledo? ¿Seréis tan falcos de memoria que no os acordéis de las pasadas amarguras? ¿Y tan pobres de espíritu que teniendo el remedio en vuestra mano, dejéis pasar la ocasión, no de vengaros, que la venganza está prohibida al cristiano, sino de poner á salvo vuestros intereses materiales, junto con la paz de vuestra familia y casa?

Pues, si no lo olvidáis, si aún conserváis temores de que puedan repetirse aquellas escenas, que os privaron del sueño más de una noche, obrad como hombres prudentes, como hombres de razón, protegiendo al Sindicato de S. José y asegurándole cuantas obras necesitéis, sean del género que fueren. El Sindicato, tiene ya vida propia, pero será vida próspera si vosotros le protegéis.

¡Católicos toledanos, obreros y propietarios! El enemigo de vuestro Dios es también el enemigo de vuestros intereses. ¿Lo dudáis? Escuchad los dos gritos de blasfemia dados por uno de los primeros socialistas contemporáneos, y agárros para no caer. ¡Dios es el mal! Ha dicho con rugido de demonio el maestro de los socialistas actuales; á cuyo grito respondieron los socialistas de Toledo, los del «Centro de Sociedades obreras»: «La doctrina de ese hombre á quien llaman Cristo, aunque no existió ni es más que una leyenda, ha causado el retraso en el progreso de la humanidad, produciendo horrores y crímenes.»

¿Os asustan esas blasfemias, no es verdad? Pues tened en cuenta que quien no respeta á Dios menos ha de respetar á la hechura de Dios, al hombre, orido á imagen y semejanza del mismo Dios. Así, es muy natural que al rugido infernal contra Dios, siga otro rugido salvaje contra el hombre; y quien pronunció la horrible blasfemia copiada—y El me perdona por haberlo hecho—se vuelve airado contra el hombre y le diga: «La propiedad es un robo. Oídlo bien, toledanos, la propiedad es un robo para los socialistas; el jornal del obrero pobre, su única propiedad, es un robo; si tiene una casita, es un robo; si un pollino, otro robo; su blusa, su camisa, sus botas, otros tantos robos.»

Tenéis ya la palabra, católicos toledanos, propietarios y obreros, para rectificar. Pero no, lo que tenéis son las manos para obrar, la razón para ver lo que os conviene en todos sentidos, las obras para demostrar prácticamente al «Centro de Sociedades obreras» que aceptáis el reto que os han lanzado, que recogéis el guante que os arrojaron; pues, que ni queráis ser ateos blasfemos, ni ladrones de los bienes ajenos, sino dueños legítimos de los propios, pecos ó muchos.

Animales murmuradores.

Un señor, que tiene fama de miserable y tacaño, labra un pequeño cortijo de esos que se llaman ranchos.

No falta en la casa un perro para guardarla, ni un gato que la limpie de ratones, ni en el gallinero un gallo.

Estos tres animalitos, entoces, débiles, flacos, denuncian, con solo verlos, que su alimento es escaso.

Pero antes que se les va comienzan á publicarlo, apenas sienten que alguno dirige hacia allí los pasos.

Porque según lo traducen los filósofos del campo, que el idioma de los brutos han aprendido, tratándolos, ¡jambres! ¡jambres! ladra el perro, ¡miseria! maulla el gato,

y como el mal es antiguo, siempre fus así! canta el gallo.

Parece el cuento un apólogo de lo que aquí está pasando. Al gobierno representa el señor, á España el rancho, y á los pobres españoles el perro, el gato y el gallo, que se quejan de su suerte sin buscarse mejor amo.

UNA LEYENDA Y UN PRESAGIO

La Vera Roma del día 23 de Febrero del año corriente publicó, traducido el italiano, un artículo con el epígrafe transcrito. Habíale tomado del *Folklore Bresilien*, publicado en París por el editor Farrin; es una leyenda portuguesa del siglo XVII, que, íntegra, reproducimos:

I

«Cuando D. Juan IV de Portugal era todavía Duque de Braganza (Príncipe heredero), un día un hermano lego franciscano se le acercó para pedirle una limosna, y el Príncipe, que era de pésimo carácter, despidió al postulante dándole un puntapié, que le ocasionó grande daño. El pobre lego, viéndose tan mal recibido y tratado, se alejó; pero antes de verificarlo imprecó al Príncipe brutal diciéndole:

—Tu descendencia no verá reinar á sus primogénitos, y así como tú me has herido en una espinilla, todos tus sucesores llevarán el sello de mi herida sobre una pierna.

Apenas subió al trono D. Juan IV, que reinó desde 1640 á 1656, ordenó que todos sus descendientes fuesen presentados ante el altar de la orden de hermanos mendicantes de San Francisco, y que debían asistir á todas las fiestas celebradas en honor del *pobrecito*, y que á todos sus nombres se añadiera el de Francisco de Asís.

Su primogénito, Teodoro, murió en 1653 en edad de diecinueve años. El primer hijo de D. Pedro II, que reinó de 1683 á 1706, vivió solamente diecisiete días, y el primogénito de D. Juan V no vivió más que dos años.

D. José I, que sucedió á D. Juan V, tuvo un hijo que nació muerto; y su hija María, que casó con su tío D. Pedro, vió morir jóvenes sus tres primeros hijos, y su cuarto hijo don Juan VI tuvo por sucesor, por dos solos meses, á D. Pedro IV, que siendo elevado á Emperador del Brasil, tomó el nombre de D. Pedro I, y renunció el trono de Portugal en favor de su hija D.ª María de la Gloria, de la cual los dos primeros hijos murieron estando aún en fajas ó mantillas.

Cuando D.ª María de la Gloria se desposó con un Príncipe extranjero, de la casa de Sajonia-Coburgo, el pueblo portugués llegó á imaginar que la predicción del lego franciscano no había de cumplirse más, porque á dicha señora sucedieron sus hijos D. Pedro V y D. Luis I, y su nieto D. Carlos I.

Mas como el día 1.º de Febrero en Lisboa perecieron asesinados, tanto el Rey D. Carlos I, Luis, María Victoria, Miguel, Rafael, Gabriel, Gonzaga, Xavier, Francisco de Asís, y su primogénito el Príncipe Luis, Felipe, Xavier, Francisco de Asís, el pueblo afirmó que la antigua leyenda se ha vuelto á confirmar.

II

Después de la leyenda popular, hé aquí un recuerdo histórico que al terrible acontecimiento de Lisboa asigna un interés trágico.

Érase ahora doce años, el 1836, cuando el Rey D. Carlos era todavía joven, el Príncipe heredero Luis Felipe, Duque de Braganza, hallábase sano y robusto, y el Infante Manuel no podía pensar que le estaba reservado el trono.

En aquel año el Gobierno portugués ofreció un banquete á los soldados que enviaba á las Indias para reprimir la insurrección de los bandos indígenas que habían rehusado el tomar parte en la guerra de Africa.

La Reina Amelia y el Infante D. Manuel, que se perzonaron en la sala del banquete, fue-